

de muerte; necesitando un asilo en su protección y amparo contra la malhadada Gironda. La hora de su aguardada entrevista en la epístola constaba: siete de la tarde. Carlota esperó el momento sin mostrar ninguna impaciencia y se consagró en el intervalo entre uno y otro escrito así al cuidado de su persona como al cuidado de su traje. Estaba hermosísima, reuniendo en suma inverosímil su arrogancia con su modestia. Campesina de oficio, su persona ostentaba el aire distinguido de quien naciera en blasonada cuna. Un traje blanco, traje ligero, de muselina, muy propio del verano, la realzaba, dándole aspecto de una helena sacerdotisa, tierna como virgen, airosa como Pitonisa. Una pañoleta muy subida ocultaba su pecho y se ceñía estrechamente á la cintura. Grande gorra normanda completaba el traje, dejando entrever la rizada y abundosa cabellera que le caía sobre las espaldas. Ninguna impresión viva en el rostro; ningún color subido en la mejilla; ninguna claudicante vacilación en el andar; ninguna grande agitación en el cuerpo; ningún sacudimiento en los nervios; ninguna tensión en los músculos; creíase una Vestal yendo á perpetrar un sacrificio ante las aras de los dioses, y en diosa trocada ella misma. Era la hora del crepúsculo, siete de la tarde, cuando llegó á casa de Marat. Este habitaba un caserón, destartado, muy oscuro y muy sucio, calle de los Franciscanos, hoy Escuela de Medicina. Mirado de primer intención nadie diría que aquel espacio estaba destinado á un alojamiento de familia regular y era una humana y corriente habitación. Papeles colgados del techo, papeles pendiendo de las paredes, papeles por el pavimento, mesas de plegar, muchas resmas de impresos, libros por todas partes en montones, puertas y ventanas desvencejadísimas, múltiples señales de que por allí pasaba una multitud incalculable de impresores, mozos, cajistas, leyentes, devotos, partidarios, correctores, componiendo una grande colectividad puesta en un pie por Marat y á servicio tanto de sus pasiones como de sus maniobras. Demacrado como un moribundo; con piel y huesos parecidos á la piel y á los huesos de un cadáver; sin más señales de vida que la erupción muy cancerosa por todo su cuerpo esparcida; metido en el agua como disponiéndose á que lo embalsamaran tras su muerte próxima; un sucio pañuelo en su cabeza; una sábana más sucia todavía rodeando su persona; sobre la bañera una tabla ruda que le servía de mesa para escribir; á un lado grande tronco en el cual descansaba un tintero; la fiebre devorándolo; persiguiéndole la manía persecutoria; y en aquella situación trágica, con humor de dirigir comunicaciones á la Convención para pedirle funcionase lo guillotina con mayor actividad y le mandase unas cuantas cabezas de reaccionarios para ornato y trofeo de sus triunfos.

Carlota subió la escalera sin hacer caso de los porteros que le querían impedir la entrada. Salvado este obstáculo, llegó á la puerta del cuarto de Marat, donde la detuvo su mujer, Albertina, casada con él teniendo el cielo por testigo, al resplandor del sol, sin ceremonia religiosa ni contrato civil de ningún género, con ruptura y olvido de todas las

leyes divinas y humanas. Esta disputa entre Carlota, que deseaba entrar, y Albertina le impedía la entrada, llegó á oídos de Marat, quien disputo desde su baño á gritos la dejaran entrar. Y, con efecto, entró. No podía darse más extraño espectáculo que aquel hombre metido en la bañera, iluminado por la incipiente luz del crepúsculo á la hora en que las avejillas del campo pliegan sus alas, y las despliegan los asquerosos murciélagos. Ante Marat, las cóleras de Carlota, reconcentradas en su interior, debieron estallar con estallidos horribles. Los cabellos del tribuno destilaban sucia grasa; su frente abombada padecía de una hidrocefalia incurable; sus pómulos angulosos y huesísimos recordaban la faz con que pintan los pintores piadosos el rostro y faz de la muerte; su boca recordaba la boca del tiburón insaciable; su risa semejaba la convulsión de un epiléptico; su voz el maullido de un tigre; sus labios el hocico de una hiena; toda su persona el ogro de los cuentos infantiles que difundía el terror en todas partes y provocaba las náuseas. Carlota se puso de pie junto al baño, y esperó á que Marat le hablase. Con efecto; enterado de la carta, la preguntó el triunviro por la situación de Normandía. Carlota respondió con toda brevedad, sin descubrir ni en gesto, ni en mirada, ni menos en su palabra, el plan que llevaba entre manos. De lo que sí se curó fué de mentir, halagando al asesino hasta en el minuto mismo de rematarlo. Y al seguir el curso de la conversación, Marat preguntó el nombre de los girondinos congregados en Caen. Carlota los dijo de coro, sin olvidar apellido ninguno. Notólos el publicista sobre la tabla de su bañera, en sucio papel, con un lápiz. Apenas había de incirbirlos acabado, respiró como si le quitasen cualquier peso, y exclamó con toda tranquilidad. «Está muy bien; todos habrán de ir á la guillotina.» Cuando tal cosa oyera la joven, perdió el resplandor de la vista y se quedó como ciega de los ojos y ciega del espíritu á un vértigo del cerebro; y sacando su puñal, blandióle sobre la víctima, metiéndoselo en sus carnes por la tetilla izquierda con tal empuje, que le rompió las carótidas y le atravesó el corazón. A esta puñalada enrojecióse en seguida el baño. Marat parecía un monstruo infernal bañado en sangre. «¡A mí, Albertina!» gritó el malherido. Y apenas había dado este grito estentóreo, inclinó la cabeza sobre el pecho, exhaló un tremendo suspiro y expiró. Carlota cumplió su plan, que á nadie había comunicado en este mundo, y vengó á la Gironda de su mayor enemigo. Mas, si mató al terrorista, no mató al terror; antes bien, lo exacerbó con encono y rabia indecibles. Lo primero que á la vista salta en esta gran tragedia es la inutilidad del asesinato político. Bruto y Casio mataron á César, mas avivaron el cesarismo. La guardia pretoriana concluyó con Tiberio y engendró á Calígula; concluyó con Claudio y engendró á Nerón. Aquellos higos de Alba que, según dicen, envenenaron al mísero augusto, nutrieron al asesino Tiberio. Con matar á Marat no mató al terror Carlota. Continuó el comité de Salvación Pública y continuó el Tribunal Revolucionario y continuó Tinville escribiendo sus homicidas acusaciones y continuó el verdugo Sansón guillotinando más gente y continuó el terror; pues, cuando la

tiranía proviene del medio ambiente social, no acaba con que acabe quien la representa y personifica, con que acabe Marat, con que acabe el tirano. La grande hazaña resultó de una completa inutilidad. En vano había desoído las voces de su conciencia y cegado del alma para no ver el resplandor de su razón. En vano se había desasido del hogar y del terruño paternos. En vano había despreciado desde sus afectos más dulces hasta su propia vida para perpetrar la cruenta inmolación. El asesinato remató á Marat materialmente; pero en lo político le dió un rápido triunfo, y en lo social llegó á elevarlo hasta los altares donde se consagran las verdaderas apoteosis. Y los girondinos murieron más pronto y el terror acabó más tarde por el yerro que Carlota cometiera creyendo matar la tiranía con matar al tirano. El odio nada engendra, sólo el amor es fecundo. Compadezcamos á Carlota.

FIN DEL TOMO TERCERO



INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE COMPRENDE

EL

TOMO TERCERO

	Páginas.
CAPITULO PRIMERO	
Ramificaciones del ideal religioso.	3
CAPITULO SEGUNDO	
La Convención.	59
CAPITULO TERCERO	
Los últimos días de la Convención.	89
CAPITULO CUARTO	
De cómo comenzaron y como concluyeron las instituciones realistas.	113
CAPITULO QUINTO	
La monarquía de Luis XVI se descompuso porque se habían descompuesto antes todos los factores de que fuera suma y resultado.	163
CAPITULO SEXTO	
Las monarquías europeas rotas por la Francia republicana.	207
CAPITULO SÉPTIMO	
Promoción del proceso del Luis XVI por la terrible lucha entre los partidos republicanos.	237
CAPITULO OCTAVO	
Del Temple á la barra y de la barra al Temple.	270
CAPITULO NOVENO	
Proceso de Luis XVI.	318